

editorial

De Catecismos y trastiendas

En este asunto nuestro de la escuela cristiana, hoy mismo, vivir de prisas no lleva a nada. Por lo menos, vivir sólo de prisas.

Habíamos pensado dedicar este número de Sinite a un tema poco apto para este tipo de tramiento: la definición de la escuela cristiana en nuestro momento cultural. Fijémonos bien: no momento político, ni religioso, ni económico, ni del franquismo, ni del posfranquismo, ni del cambio; sino cultural.

Partíamos de un principio bien sencillo. El ser de las cosas se entiende según la savia que las anima, por poco que ésta se deje ver. Es un principio que invita a la calma, al examen sencillo y profundo a la vez, a la consideración larga de las causas: por la historia, por los movimientos de la geografía humana, por nuestro modo de conocer las cosas, de expresarnos, por el mundo de la tecnificación, de las organizaciones, por el camino de las edades y los convencimientos reales, por el mundo fundamental de la satisfacción de vivir, hoy mismo.

Y así hemos tratado este número. Hemos buscado factores para definir nuestro momento cultural y los hemos ido leyendo desde la escuela y desde lo cristiano. Calmosamente, a conciencia de las lagunas que quedan por todos los lados, convencidos, sin embargo, de que la vecindad entre la escuela y lo cristiano se construye más allá de las apariencias, las prisas o los lucimientos del último descubridor del Mediterráneo.

Ya en prensa, nos hemos encontrado con el tema de los Catecismos en EGB. Y no podemos callarlo, claro. Porque va de lo mismo.

* * *

Decía Ortega que en esto de la modernidad, de los grupos humanos y de la cultura, el mayor —o uno de los mayores— peligros era el Estado. Así queda escrito, bien claro, en La Rebelión de las Masas. En tiempos recién pasados

habíamos podido comprobarlo bajo la célebre modalidad de un Estado que utilizaba las estructuras educativas de los religiosos para su propio beneficio: le proporcionaban una organización que él no poseía ni podía poseer, y él a su vez llenaba de vanagloria miope a quienes utilizaba. (Lo cual, por cierto, es una interpretación bien poco oída hoy.)

Creíamos que con el cambio de sistema las cosas funcionarían de otro modo. Nos habíamos pasado los últimos días de la etapa anterior acusándonos de simplificar la vida y las ideas distinguiendo tajantemente entre los buenos y los malos. Encontrábamos que las cosas debían estar mucho más llenas de matices, orientadas por la toma de conciencia y la honradez, animadas por la participación de todos en lo que es un trabajo común. Habíamos creído en la democracia pura, en la participación pura.

Habíamos creído, en concreto, en la separación limpia entre lo religioso y la organización de lo público. Habíamos creído, imaginado, que la libertad de las conciencias era el dogma indiscutido sobre el que se iba a construir la convivencia social.

Pero ha resultado otra cosa. Ha resultado, ante todo, que es mucho más fácil gobernar con los votos de un mismo color que con las voluntades aunadas o participantes, de todos los colores, como, sin embargo, habíamos soñado tiempo atrás. Y ha resultado, además, que lo religioso no es simplemente asunto privado, personal, sino público y colectivo, con lo cual lo religioso y lo estatal se encuentran en la misma conflictiva plaza de la comunidad social.

* * *

Ha resultado una nueva conciencia de que lo religioso es inseparable del alma colectiva de las sociedades.

Hemos empezado a percibir de nuevo que una cosa es la organización confesional de lo religioso —las «iglesias» convencionales— y otra la esperanza profunda o el sentido del futuro en que se basan todas las confesiones —la raíz de misterio o de aceptación que hay en nuestras vidas—.

Así, seguimos pensando, desde luego, que deben separarse la simbología del Estado y la de la Iglesia. Entendemos que cada uno tiene su carácter, su objetivo, sus destinatarios.

Pero volvemos a entender que esa separación no puede significar la trivialización de lo humano o de lo social, ya no confesionales. Nos damos cuenta de cómo tal separación no puede hacerse a costa de reducir uno de sus lados a puro maquinismo organizable. No se puede solucionar el problema del corredor de marathón cortándole una pierna: ya no tendrá que competir con tal otro atleta.

Es fácil percibir, con Ortega, que un Estado simplificador, reductor de las existencias humanas a número de carnet, es el mayor enemigo de lo humano. Y posiblemente este de los Catecismos es uno de los mejores ejemplos de tal actitud reductora y organizadora: debe silenciarse a quien habla de algo que puede obstaculizar el funcionamiento programado.

Este caso nos sirve para recordar que en la raíz de lo humano hay una necesidad inalcanzable para todas las instituciones de lo estatal. Es el sentido de las llamadas a la moralidad, a la ética. Así, cuando Andropov o Reagan se reprochan mutuamente la falta de moral, o cuando F. González habla de moralizar la administración... se refieren al fundamento de todos los motivos humanos.

Por eso, a ningún político puede serle indiferente el programa de religión de sus escuelas.

Porque los dos apuntan a ese fundamento final de lo humano, sin el que los políticos carecen de todo fundamento ante su pueblo y sin el que la religión se queda en palabras huecas.

* * *

Pero ¿por qué ha de ser inalcanzable para el político tal nivel?

Simplemente: porque lo cree alcanzable y lo presenta como tal, queriendo aplastar a quien discrepe de su visión.

En este terreno de la fundamentación última de lo humano, la vida de todos los días nos enseña que hay siempre algo inasible, inalcanzable. Hay algo en nuestras opciones que nunca llegamos a entender del todo. Analizamos y poseemos nuestro modo de estar en el mundo, nuestro modo de reaccionar ante los demás y ante los objetos. Pero se nos escapa el fundamento lógico de la postura que hemos tomado.

Así, tratamos de proceder con lógica, programando o previendo. Y nos encontramos desprovistos de toda lógica cuando reconocemos que en la raíz de nuestras agendas hay un simple «me gusta hacerlo así»: resulta que el placer y no la claridad es el criterio de nuestra vida.

Pues bien: se puede llegar a todo lo programable, desde luego. A lo no programable, no. Y el gusto de vivir, el placer o la real gana, están más allá de toda programación. Por eso, la satisfacción de vivir nunca nos llega por los caminos exactos que le habíamos preparado.

Por tanto, quien crea que la satisfacción de vivir de una sociedad, su encuentro con el sentido de la vida, se alcanza a través de la comprensión clara del comportamiento humano, se equivoca. Está simplificando o trivializando la realidad. Para que no haya sustos en la Olimpiada la declararemos ridícula.

* * *

Creemos que el error del gobierno no está en abusar de la mayoría de votos. Probablemente no hay otro modo de gobernar: los que son más indican el modo de hacer, y los que son menos aceptan lo que tal vez no les gusta. Hoy y ayer.

No; el problema no está en la mayoría. El problema está en la superficialización de la vida, es decir, en la confusión de la vida con lo organizable.

La administración más perfecta, más racional, más equitativa... no garantiza la satisfacción de vivir de una sociedad. No hace falta poner ejemplos sobre el archirrepetido «pues qué más quieren». Tampoco hace falta repetir que, sin embargo, debe tenderse a ella: que las cosas sean inalcanzables no significa que sean denunciables.

Por eso, por ese equilibrio dificilísimo entre la resignación y la esperanza, el Estado necesita bien clara y bien próxima alguna voz que se lo recuerde constantemente. El Estado necesita recordar que una cosa es entrar bajo palio en la Iglesia y otra confundir a los ciudadanos con números. Pretender cualquiera de las dos cosas sería un suicidio político.

No hablamos, pues, de la democracia ni de las libertades, en este editorial.

Hablamos de cómo los tiempos nos hacen vivir más al aire de nuestro instinto que tras la guía del conocer. El instinto lleva a la comodidad, a la repetición, a la garantía, a los visados y a los permisos, a la eliminación de las provocaciones. El conocer, a la curiosidad, a la sorpresa y la aceptación, a la provisionalidad, la pobreza y el servicio, a la felicidad siempre posible.

También hace tiempo lo dejó escrito Guardini: instinto y conocimiento están en guerra, porque el uno habla de seguridad, mientras que el otro supone búsqueda. Nuestros tiempos, bajo sus llamadas a la moralidad pública, a la organización clara y desnuda, pueden contener justamente lo contrario de lo que predicán. Pueden llevarnos a confundir lo ya establecido con lo humano profundo. Y así nos condenan a vivir de totalitarismos. Que no otra cosa, sino comodidad inmóvil y suicida es la prédica del totalitario.

Por ejemplo: ¿a quién le ha satisfecho la solución del problema de los Catecismos?; ¿era cuestión de un permiso dado o sobreentendido, o de otra cosa?; y esa otra cosa ¿era posible?

* * *

Por cierto, que viene bien recordarlo ante el cúmulo de interrogantes que se suscitarán con el debate sobre la próxima Ley de Educación, con votaciones y recursos al Tribunal Constitucional incluidos.